

IDENTIDAD DEL CUERPO MORTAL Y RESUCITADO⁽¹⁾

No queda mucho por decir para completar el argumento patrístico, toda vez que en el artículo anterior recorrimos ya los cinco primeros siglos de la literatura patrística, y por tanto los siglos de su mayor esplendor. Pero hay además otras razones. La cuestión de la resurrección, sobre la que tanto se había discutido anteriormente, ha pasado a segundo término. Ningú-

(1) Véase ESTUDIOS ECLESIÁSTICOS, n. I, págs. 19-40. En nota de bienvenida a la nueva revista (Recherches, 1922, pág. 92), el R. Padre Grand-maison notaba en nuestro artículo que estaba escrito con erudición «un poco sobreabundante». Agradablemente nos ha sorprendido tal observación. Temíamos nosotros que algún crítico exigente tildase más bien ciertas omisiones, como la falta de explicación de alguna frase menos clara a primera vista (son poquísimas) de tal o cual autor, por ejemplo, de Eusebio de Cesarea; o quizá echase de menos algún documento importante, v. gr.: la «Didascalia» o varios nombres ilustres del siglo V, que con dolor recorrimos demasiado someramente. Mas la nota de sobreabundancia no la temíamos y, a pesar de la alta estima que nos merece el R. Padre, continuamos en aquella misma disposición de ánimo, sin que por ello queramos negar que algún pormenor podía ser omitido. La razón es clara. Alguien modernamente ha pretendido descartar de su camino el argumento patrístico con el simple gesto de una rotunda negación de todo valor probativo, porque los Santos Padres, dice, al insistir en que resucitaremos en esta misma carne que llevamos (¡son también muchísimas otras las frases que emplean!) no tienden a afirmar la necesidad de una identidad puramente material, etc., etc.; por otra parte nosotros comenzábamos nuestro trabajo afirmando que los Santos Padres y demás escritores eclesiásticos UNÁNIMEMENTE explicaban la resurrección en el supuesto de la identidad de materia. ¿Podíamos, por consiguiente, contentarnos con unos cuantos *verbigratias* y a lo más completarlos con otra rotunda contraafirmación? Y ¿quiénes éramos nosotros ni qué autoridad la nuestra? No obstante, para abreviar lo más posible en lo que no desvirtúa lo substancial de las pruebas, y como con este artículo queda terminada la parte dogmática principal, traspasaremos rápidamente los siglos del escolasticismo y tiempos modernos; pues realmente su estudio puede ya considerarse en cierto sentido como perteneciente más bien a la *historia* de la presente cuestión.

na voz ortodoxa se deja oír ya en defensa de algo parecido a lo de Orígenes. Los grandes Padres y teólogos posteriores, en especial del Oriente, están demasiado absortos no sólo en extirpar las reliquias de viejos errores sino sobre todo en combatir las formidables herejías nacientes del Nestorianismo, Monofisismo y Monotelismo, para dedicar su atención a una cuestión cuya hora había pasado ya. Rápidas frases más o menos enérgicas y expresivas, breves alusiones que brotan sin esfuerzo ni intención particular, al exponer el dogma o hacer la exégesis de algún texto, se pueden notar bastantes. Pero discusiones vivientes y de actualidad son muy contadas, aunque no faltan interesantísimos ejemplos. Aun exposiciones detenidas y expreso no se encuentran sino en poquísimos escritos, pero que al mismo tiempo son dignos precursores y émulos de los que más tarde se llamarán Sentenciarios, Sumas teológicas o *Quaestiones quodlibetales*.

Tampoco podemos señalar hecho alguno que por sus relaciones con nuestro asunto derrame sobre él particular luz. Ciento que el hereje triteista Filopono, que floreció en la primera mitad del siglo VI, escribió un tratado *Ηερὶ ἀναστάσεως* en el cual, según Focio (1), «dice muchas cosas inconsideradamente, mofándose también de nuestros bienaventurados y santos Padres». Pero Filopono, más diestro en comentar a Aristóteles que en explicar los dogmas, fué mucho más allá que Orígenes, a juzgar por los escasos fragmentos que nos ha transmitido el presbítero y esqueuófilax de Constantinopla, Timoteo. Filopono sí que niega expresamente la identidad del cuerpo mortal y resucitado; pues la materia, de que éste ha de constar, será, según él, otra materia nueva creada por Dios, cuando forme un nuevo universo, después de hacer desaparecer éste que vemos. Entonces los cuerpos humanos serán otros, incorruptibles y eternos (2). Muchos de sus mismos partidarios triteistas combatieron a Filopono (3) y apenas queda rastro de sus ideas. Los católicos impugnaron bastante su libro *Διατητής*. Pero el escrito sobre la resurrección no hizo mella ni suscitó en manera alguna la idea de una resurrección en que lo esencial fuese la identidad de forma.

En la segunda mitad del siglo VI tuvo lugar la disputa sobre el cuerpo resucitado entre S. Gregorio M. y Eutiquio, Patriarca de Constantinopla, a quien los griegos veneran como Santo. Tampoco este hecho famoso sir-

(1) Cod. XXI, MG., 103, 57.

(2) *De receptione haereticorum*, MG., 86, I, 61.

(3) Ibid., col. 64.—Focio, cod. XXIII, MG., 103, 60.

ve para esclarecer nuestro asunto. De la misma relación de S. Gregorio (1) no se desprende con claridad la mente de Eutiquio; y si atendemos además a las fuentes griegas, bien que parciales (2), y a modos de hablar semejantes a los de Eutiquio que se hallan en escritores de aquella época, aun de ortodoxia indiscutible (3), tendremos vehementes indicios para sospechar que el error, o como quiera llamarse, de Eutiquio versaba sobre un punto muy secundario, y apenas distaba de ser otra cosa más que una explicación falsa e improbable de la dote de *sutiliza* propia de los cuerpos gloriosos. Entremos ya en algunos pormenores, principiando por el Occidente.

El OCCIDENTE vive de S. Agustín. Puede decirse que su doctrina, inmediata o mediadamente a través de retazos, extractos y compendios, es el pan cotidiano lo mismo de los fieles que de los pastores. Por eso apenas

(1) *Moralium*, I. XIV, ML., 75, 1077-1079. Si atentamente se leen las palabras de S. Gregorio, ellas solas dan pie para sospechar que lo que Eutiquio sostenía era que el cuerpo glorioso será *impalpable*. Es verdad que según cuenta S. Gregorio, le objetó así: «*Quum scriptum sit: Caro et sanguis regnum Dei possidere non possunt* (I Cor. XV, 50), *qua ratione credendum est resurgere veraciter carnem?*» (col. 1078). Es la frase de Eutiquio que suena peor. Pero nótese bien que, apenas termina la respuesta S. Gregorio distinguiendo entre «*carnem juxta naturam*» y «*carnem juxta culpam*», repone AL MOMENTO Eutiquio que está conforme («*Quibus dictis idem Eutychius consentire se PROTINUS dixit*»); pero que con todo aun piensa que el cuerpo resucitado no puede ser *palpable*. Por donde el punto, en que insiste Eutiquio, parece ser simplemente que el cuerpo resucitado no será palpable. Según esto, su frase mal sonante podría entenderse así: como por carne se entiende algo sólido y palpable, *en este sentido* el cuerpo resucitado no será de carne.

(2) Véase la vida de Eutiquio, compuesta por Eustacio, su contemporáneo y fidelísimo compañero aun en el destierro: cp. IX, MG., 86, II, 2373, 2376. Claro está que hay que saber leer ciertas frases, que rebosan amargura, contra los que tildaron la ortodoxia de Eutiquio en el punto de la resurrección. Es el amigo, el compañero, «el humilde discípulo», que habla en favor de su maestro.

(3) S. Anastasio Antioqueno, íntimo amigo de S. Gregorio M., dice expresamente del cuerpo resucitado de Cristo: «...corpus vere mansit, *caro vero minime*; non quidem quod substantia subjecta interierit, sed quod facta fuerit gloriosior.» *De resurrectione Christi*, n. VII, MG., 89, 1359. Explica después las cualidades del cuerpo de Cristo y dice de él: v. g., que es «nube levius» etc. Véanse también expresiones muy semejantes en otro célebre Anastasio, algo posterior, denominado el «Sinaíta», *Viae Dux*, MG., 89, 73.

puede dar uno con nada nuevo en la presente cuestión; y el índice de materias no señala otras que las que ya en este punto de la resurrección, como en todo cuanto tocaba, había removido y agitado el espíritu gigante del Águila de los Doctores. Aun la misma forma de exposición y lenguaje señala casi siempre, allá hacia el Norte de las tierras africanas, la fuente manantial. Está ya dicho, por consiguiente, que los Padres y escritores occidentales, todos a una, no entienden otra resurrección de la carne que aquella en que la misma materia, informada antes por el alma racional y ahora dispersa quizá por el universo, será otra vez reunida y devuelta al alma por la sabiduría y el poder omnipotente de Dios.

Siglo 6.^o En dos frases nos lo insinuará el gran discípulo de San Agustín, *S. Fulgencio de Ruspe* († 533), quien tiene el don de concentrar en breves cuanto luminosas fórmulas, las geniales explicaciones del maestro: «Cualesquiera cuerpos, o el fuego haya consumido, o las fieras devorado o el agua sorbido, *todos* en aquel momento de tiempo y abrir de ojos, resucitarán...» (1).

Por este mismo tiempo, a principios del s. VI, se difunden con mayor rapidez las doctrinas de S. Agustín merced a *Eugipio*, abad de un monasterio cerca de Nápoles, que extractó diversos escritos del santo Doctor. La abundancia de códices, que aun quedan, y la noticia de otros, que han desaparecido ya, son muestra de la extraordinaria difusión de esta obra, especie de *breviario* de S. Agustín (2). No extracta Eugipio el *Enchiridion*, donde el santo trata brevemente, pero con muchos pormenores, cuanto concierne a la resurrección; en cambio se aprovecha copiosamente de los tesoros de la obra magna de *Civitate Dei*. Como pormenor curioso observamos que omite el cp. 19 del l. XXII, en que S. Agustín, discutiendo si aun a cada miembro ha de volver la misma materia o si basta que del total de ella se restaure el mismo cuerpo, se inclina a esto segundo. Tal vez no agradaría la solución a Eugipio, y de hecho es ésta una de las pocas particularidades secundarias en que muchos, sobre todo escolásticos, se apartaron de S. Agustín.

Durante la primera mitad del s. VI, un Santo Padre mediante las traducciones del sabio monje escita, *Dionisio el Exiguo* († c. 540), viene del Oriente, y con aquella fina penetración que le caracteriza, diserta en len-

(1) *De Trinitate ad Felicem notarium*, cp. XIII, ML., 65, 508.

(2) *Eugippii excerpta ex operibus S. Augustini*, Corpus Script. Eccles., v. IX, (Viena, 1885). Véase la erudita introducción de P. Knöll,

gua del Lacio sobre la resurrección, y explica su posibilidad. Sus palabras concuerdan sustancialmente con las de S. Agustín, aunque ciertos tintes de sutil refinamiento harán adivinar por sí solos el origen del autor, que es nada menos que *S. Gregorio Niseno*. En tres capítulos de su obra «*De hominis opificio*», que en la traducción dionisiana son el 26, 27 y 28, discute el Santo lo más sustancial de la resurrección de la carne. Sus ideas no son otras que las que ya conocemos por el diálogo «*De anima et resurrectione*», al cual nos referimos en nuestro anterior artículo. Insiste también bastante en la idea original y algo extraña de que el alma, por una especie de disposición y afecto natural al propio cuerpo, retiene siempre una oculta inclinación y conocimiento del mismo, que a su vez queda como marcado con ciertas señales peculiares; y así el alma lo sabrá distinguir y «con inefable atracción» lo atraerá hacia sí el día de la resurrección, aunque esté mezclado con lo demás del Universo. ¿No has visto, dice, pacar juntos animales de diversos dueños? Cuando es hora de volver, la costumbre de ir a la misma casa y las señales, con que van marcados, restituyen cada animal a su dueño. Así, en el gran día de la resurrección, los elementos de los cuerpos humanos, hasta entonces mezclados, pero no confundidos, volverán a sus antiguos poseedores (1).

La segunda mitad del siglo VI casi podría pasarse íntegra sin citar ningún nombre, si no fuera por una particularidad que luego vamos a exponer. El varón más docto parece *Casiodoro*, y Casiodoro apenas tiene más que frases generales (2). Además no es cierto que el *Pseudo-Primasio* pertenezca a este tiempo, ni siquiera al s. VI; y, aunque así fuese, el anónimo Comentador de las Epístolas de S. Pablo tampoco dedica más que breves frases y rápidas alusiones a nuestro asunto (3).

Pero, en cambio, donde menos lo esperaríamos, damos con una página de singular interés, que reproduce una disputa real y viviente sobre el dogma de la resurrección y juntamente demuestra cómo aquí y allí van retorciendo siempre nuevos saduceos y platónicos, armados más o menos de las mismas dificultades contra este dogma capital. Con su acostumbrada sencillez e ingenuidad nos cuenta el hecho *S. Gregorio de Tours* († 594) en su *Historia*

(1) ML., 67, 389-397.

(2) Véase p. ej. *Institutiones divin. et saecul. lectionum*, I, I, cp. VI, ML., 70, 1118. *Complexiones in Epist. Apost. I ad Cor.* cp. XV, v. 21-39, ML., 70, 1338.

(3) *In Epist. ad Hebr.*, et *In I ad Cor.*, ML., 68, 551, 766, 767.

Francorum, l. X (1). Él mismo es quien sostiene la disputa y defiende la verdad contra las dudas e impugnaciones de cierto presbítero. Después de haber probado S. Gregorio la resurrección con argumentos de Escritura y Tradición, repone el clérigo que la cosa no es cierta, pues, después de haber sentenciado Dios al hombre a convertirse en polvo, no le promete la resurrección. Insiste S. Gregorio, diciendo que él piensa que ningún católico ignora lo que hayan dicho sobre la resurrección el mismo Señor Nuestro Redentor y los Padres que precedieron. Aquí acumula el Santo diversos textos y hechos de la Escritura, todos del V. Testamento. Después de una distinción entre Cristo y los demás, acógese el clérigo a las dificultades de razón. Creemos será del gusto de nuestros lectores que copiemos algún fragmento de lo que sigue, sin retocar ni siquiera la bárbara ortografía: «Et presbiter ait: 'Numquid possunt ossa in favilla redacta iterum animari et hominem viventem proferre?' Et ego respondi: 'Nos credimus, quia, quamlibet in pulvere redigatur homo et aquis ac terrae venti violenti impietu dispergatur, non sit difficile Deo haec ad vitam resuscitari'. Presbiter respondit: 'Hic maxime vos errare puto, ut adserere verbis lenibus timoris acerrimam seductionem, ut dicatis, a bestiis raptum, aquis inmersum, piscium faucibus devoratum... aut aquis labentibus deiectum, aut terra computriscente abolitum, ad resurrectione venturum'. Ad haec ego respondi: 'Oblivione apud te traditum est, ut opinor, quid Iohannis evangelista... in Apocalipsim dicat: *Tunc, inquit, reddit mare mortuos suos.* Unde manifestum est, quia, quidquid humani corporis piscis absorbuit, alis rapuit, bestia degluttivit, a Domino conjunctum in resurrectionem reparandum erit, quia non erit ei difficile perdita reparare, qui ex nihilo non nata creavit'...» Siguen dos o tres textos claros del N. Testamento. Pero todavía no convencido el presbítero, va oponiendo texto tras texto a S. Gregorio y éste continúa contestando. Los textos objetados vienen a ser los mismos que todavía se ponen en las escuelas por vía de dificultades. Por fin San Gregorio acude a S. Pablo en busca de pruebas definitivas; cita de él numerosos textos, e indignado contra el tenaz y orgulloso clérigo, prorrumppe en una defensa y exhortación llena de vida y elocuencia. Al terminar S. Gregorio «contristatus presbiter, a conspectu nostro discedens, pollicitus est credere in resurrectionem iuxta seriem Scripturarum sanctorum, quam supra memoravimus».

(1) *Monum. Germ. hist., Script. rer. Merov.*, t. I (Hannover, 1885),
pgs. 419-423.

Otra discusión, no tan personal, pero igualmente llena de actualidad, vamos a encontrar también por estos tiempos, y nada menos que en la misma Roma. Ella nos dejará oír la voz de un varón extraordinario, que es como el centro y corazón de los siglos VI y VII.

Siglo 7.^o En efecto, hora es ya de detenernos, siquiera unos instantes, ante el Santo Padre de mayor importancia que nos presenta la historia de entonces, el único quizás que puede dignamente compararse con los grandes Doctores de la Iglesia durante los siglos IV y V, *San Gregorio Magno*. Su fecundo pontificado comienza en las postrimerías del s. VI (590) y brilla todavía en la aurora del s. VII (604). Conocedor S. Gregorio Magno de la doctrina de S. Agustín, sabe asimilársela en su parte, digámoslo así, más moderada y asequible, y acierta a exponerla con tranquila seguridad y cabal dominio en lenguaje fácil y abundante, expresivo, pero sin exageración; es una fuente de la que brotan sin ruido ni esfuerzo copiosos raudales de frescas e incontaminadas aguas.

Como era de esperar, trata el Santo con bastante amplitud el punto de la resurrección, cuando explica el célebre texto de Job «In novissimo die de terra surrecturus sum»... (1). Basta leer todo el pasaje para convencerse de la mente del Santo. Aquí cuenta su disputa con Eutiquio, acerca de la cual hemos ya observado algo al principio. Pero lo interesante es, sobre todo, un fragmento tomado de la homilia VIII, I. II, sobre Ezequiel, por ofrecernos otro ejemplo de discusión de actualidad sobre nuestro asunto. Es una digresión larga, introducida por el Santo en su exposición del profeta, precisamente para refutar a algunos que dudaban aún de la resurrección (2). Comienza así: «Sed quia de carnis resurrectione nobis sermo se intulit, triste nimis et valde lugubre est quod quosdan in Ecclesia stare et de carnis resurrectione dubitare cognoscimus». Siguen a continuación varios textos de Escritura en favor de la resurrección. Apunta luego lo que ahora llamaríamos *argumento patrístico*, con estas palabras: «Ecce veteres ac novi Patres uno sibi spiritu de carnis resurrectione concordant.» Por fin añade como nueva prueba el ejemplo de la resurrección de Cristo, que ya al principio había indicado. Tras de las pruebas viene la solución de dificultades. ¿Cuáles han de ser las ideas, sino las tradicionales? Hasta los mismos ejemplos, y a veces las palabras, parecen copiadas de los antiguos Padres. El ejemplo de la naturaleza, que en todas sus obras parece poner-

(1) *Moralium*, I. XIV, ML. 75, 1075 sqq.

(2) ML., 76, 1030-1034.

nos ante los ojos una imagen viviente de la resurrección; la maravillosa transformación de la semilla en árbol frondoso o de una materia vilísima en la incomparable fábrica del cuerpo humano, nos traen gratos recuerdos de S. Clemente Romano, de S. Jústino, Minucio Félix, Tertuliano... No es preciso citar por menudo. Sirvan tan sólo de ejemplo algunas frases de la objeción tercera y su respuesta, que nos sonarán a cosa muy sabida «Saepe autem objicere inanem quaestiunculam solent, qua dicunt: Carnem hominis lupus comedit, lupum leo devoravit, leo moriens ad pulvrem rediit; cum pulvis ille suscitatur, quomodo caro hominis a lupi et leonis carne dividitur?» En la respuesta, después de explicar la maravilla de la formación del hombre para sacar un espanto con otro espanto, exclama: «... quid mirum si possit omnipotens Deus in illa resurrectione mortuorum carnem hominis distinguere a carne bestiarum, ut unus idemque pulvis et non resurgat in quantum pulvis lupi et leonis est, et tamen resurgat in quantum pulvis est hominis?...»

Una observación grave se impone ahora. Con S. Gregorio M. hemos citado los cuatro grandes Doctores de la Iglesia occidental: S. Ambrosio, S. Jerónimo, S. Agustín y S. Gregorio Magno. Todos ellos tratan extensamente y con particular empeño la cuestión de la identidad del cuerpo resucitado; dos de ellos por lo menos, S. Ambrosio y S. Jerónimo, conocían y explotaban largamente las obras de Orígenes. Y, no obstante, todos ellos, sin excepción, tejen siempre sus explicaciones sobre el fondo común e invariable de la identidad de materia.

Después de S. Gregorio, la atención se dirige naturalmente a nuestra Patria. No hay por entonces en Occidente nación alguna que iguale a España en cultura, y, claro está, que esa cultura nace y se difunde del seno de la Iglesia. No esperemos, con todo, gran originalidad en las ideas, y menos en la presente cuestión, casi agotada por el genio de S. Agustín, y a la que sólo mucho más tarde aportarán nuevas luces los grandes Escolásticos. Nuestros Padres, en general, parecen estar atentos sobre todo a recoger piadosamente las ideas que dejan como en testamento los siglos anteriores, a compendiarlas y ordenarlas sabiamente para proporcionar en forma acomodada y fácil el alimento de la ciencia y de la piedad a las nuevas generaciones, compuestas en parte de semi-bárbaros y aun bárbaros, y privadas, por razón de los tiempos, de la estabilidad y reposo que la serena investigación científica requiere. Y, sin embargo, aun en esto solo, ¡cuánto mérito y cuán acreedores son al aplauso y reconocimiento de los venideros! S. Isidoro, el entendimiento más universal de aquella época, no

sólo escribe las *Etimologías*, tesoro inagotable de saber, sino que inicia gloriosamente el tipo de los Sentenciantes, que tanta difusión tuvieron en la Edad Media; y el orden por él seguido viene a ser, substancialmente, el mismo que seguirán los maestros en la Edad Media. Imitanle Tajón y más tarde, si bien en materia mucho más reducida, S. Julián de Toledo, quien supo en ocasiones mostrarse egregio teólogo. Con justo título hubiera podido ser apellidado cualquiera de ellos «Maestro de las Sentencias».

Discípulos fidelísimos de S. Agustín y S. Gregorio M., está dicho ya cuáles serían las ideas de nuestros Padres. No todos, sin embargo, tratan la cuestión por extenso. S. Isidoro († 636), amigo de *quintaesenciar* la doctrina en fórmulas breves, con frecuencia felicísimas, se contenta en nuestra materia con afirmaciones generales (1). En cambio, la mente de S. Braulio († c. 651), su discípulo y admirador y lumbrera de primer orden en la diócesis de Zaragoza, es evidente, v. gr., en su respuesta a Tajón, que le había preguntado sobre varios pormenores de la resurrección. Basata citar estas expresivas frases: «Caeterum de quaestione qua me consulere decrevisti, neveris non me aliud de resurrectione mortuorum credere aut exspectare quam quae a S. Augustino per diversa opuscula sua quae ad manus venerunt meas, prudenti ingenio et eleganti sunt dissertata sermonem...» (2). Poco, por desgracia, se nos ha conservado del que puede llamarse discípulo insigne de S. Braulio, S. Eugenio, metropolitano de Toledo († 657), y además casi todo versos, fáciles y simpáticos, pero de no muy elevada inspiración. S. Julián, sucesor suyo, le cita con mucha alabanza (... *egregii praeceptoris nostri Eugenii*) en la presente cuestión (3). Mas los fragmentos citados sólo contienen fórmulas generales, aunque exactísimas, o pormenores secundarios (4). Tajón, S. Ildefonso y S. Julián fueron quienes trataron con mayor amplitud sobre la resurrección, y hacen tan suya la doctrina de S. Gregorio M. y S. Agustín, que casi no son sino canales que transmiten puras las enseñanzas de ambos Santos. Tajón, sucesor de S. Braulio, compendia a S. Gregorio y suple con S. Agustín lo

(1) *De ecclesiasticis officiis*, 1. II, cp. XXIV, n. 7; *Quaest. in V. T.*, in *Levit.*, cp. XVII (fin), etc., etc., ML., 83, 339-340, 819, etc.

(2) *Epist. XLII*, ML., 80; 687, 688.

(3) *Prognost.*, 1. III, cp. XVII, ML., 96, 504.

(4) L. c., y además cp. XXIV, XXVI, ML., 96, 507-508, 509. Puede verse también el arreglo que hizo el Santo del poema de Draconcio.

que en aquél no halla (1). S. Ildefonso extracta a S. Agustín; S. Julián casi no hace tampoco sino extractar al mismo, y además cita bastante de S. Jerónimo, S. Gregorio M., Juliano Pomerio y de su predecesor en la silla de Toledo, S. Eugenio. Él, que, cuando quiere, sabe discurrir en Teología con tanto vigor, como lo demuestra, v. gr., su *Apologético*, conténtase en la presente cuestión con aducir las palabras mismas de sus mayores. No multiplicaremos textos. En su lugar, señalemos más por menudo los opúsculos de S. Agustín, beneficiados por S. Ildefonso y S. Julián. Ambos a dos se aprovechan del *Enchiridion*. Pero S. Ildefonso omite casi todos los pormenores a que desciende el fino análisis del Santo Doctor sobre los monstruos, hombres desarrollados imperfectamente, etc., etc.; no así S. Julián, que va siguiendo a S. Agustín casi paso a paso. Además del *Enchiridion*, S. Julián utiliza mucho la *Ciudad de Dios*, que parece no poseía S. Ildefonso. En cambio éste, cosa que no hace S. Julián, copia del libro *De fide et symbolo*; mas en el mismo modo de citar acredita su discreción y conocimiento de la materia. Pues a pesar de rozar sus citas con un largo pasaje del Santo Doctor, que contiene las frases menos exactas a primera vista, y de mayor sabor origenista, escritas sobre la materia por el Santo, S. Ildefonso lo omite por entero sin alusión a él ni referencia alguna (2).

La Iglesia española, pues, por medio de sus más ilustres representantes, rubrica con su autoridad la doctrina tradicional, bebida sobre todo en los dos grandes Doctores de la Iglesia Católica, S. Gregorio Magno y San Agustín.

Si del Occidente pasamos al ORIENTE, no hallaremos mayor abundancia. Y es preciso consignar que tampoco queda rastro alguno de las teorías de Orígenes, cuyo nombre, antes tan venerable, no resuena ya, la mayoría de las veces, sino entre un tumulto de dicterios y ademanes de abominación. Entremos en algunos pormenores.

Siglos 6.^o y 7.^o Dejando por ahora a S. Juan Damasceno, que floreció en el s. VIII, los tres mayores luminares de la Iglesia griega durante los siglos VI y VII, Leoncio Bizantino, de la primera mitad del VI, y los Santos Sofronio de Jerusalén, de a principios del VII, y Máximo, el atleta for-

(1) Así lo dice él mismo en su carta a Quirico, Obispo de Barcelona, que viene a ser como *Praefatio in libros Sentent.*, ML., 80, 729. Véase el I. V, cp. XXIX, ML., 80, 983-985.

(2) De S. Ildefonso, véase *De cognitione baptismi*, cps. LXXXIII-LXXXVIII, ML., 96, 141 sqq. De S. Julián, *Prognost.*, I. III, cps. XIV-XXXII, ML., 96, 503 sqq.

tísimo de la fe, que muere heroicamente por ella en su segunda mitad, los tres tienen toda la atención concentrada en las grandes cuestiones cristológicas, que entonces removían el Oriente. No es extraño, pues, que sólo acá y acullá salten inesperadamente en sus escritos ligeras alusiones o rápidas pinceladas.

Así *Leoncio*, en un opúsculo, en que con aquella su acostumbrada fuerza dialéctica resuelve los argumentos del monofisita Severo, nos revela con bastante claridad su mente al aducir, a manera de explicación de lo que va tratando, el hecho de la resurrección universal. Declara el teólogo bizantino el modo de unión del Verbo y la Humanidad en Cristo, que constituye el punto central¹, casi exclusivo, de sus investigaciones. Pone las tres explicaciones, que él llama διαφετική, συγγενική καὶ ἡ κυρίως ἐνοιτική λεγομένη (1); y luego, resolviendo tácitamente una objeción, declara cómo es posible, que, así de cosas completas como de incompletas, resulte un mismo efecto. A continuación aduce el ejemplo de los que resucitaron con Cristo y luego el de la resurrección universal, en la que resultará el mismo compuesto (τὴν αὐτὴν... σύστασιν), sea lo que fuere de las partes que concurren a formarlo «ora sean cuerpos disueltos antes y ya corrompidos, ora cuerpos hace poco vivos; transformados (ψεπαστογειουμένων), como si dijéramos, transelementados) o recientemente muertos; imperfectos o perfectos» (2).

Generales son las pocas frases de *S. Sofronio* en su espléndida confesión de fe enviada a Sergio: que la resurrección será «en esta carne», «en estos cuerpos de que estamos ahora rodeados» (3). Algunas expresiones más claras nos ofrece un sermón sobre los Santos Angeles, cuyo original griego no sabemos haya sido publicado. Todo él lo forman súplicas a los nueve coros angélicos. Después de los Principados, se dirige a San Miguel en una larga oración, de la cual entresacamos estas frases: «O ter sanctissime... quique ingenti illa hortendaque... tuba olim personiturus es, cuius quidem terribili clangore, qui a saeculo mortui fue: ant, ex abditis terrae re-

(1) «... dividens, confundens, et quae proprie dicitur uniens.» *Adversus argum. Severi*, MG., 86, II, 1939. El miembro *confundens* se ha omitido, por descuido, en Migne.

(2) L. c., col. 1941. Además, dos o tres veces por lo menos, insinúa la idea, desarrollada antes por S. Ireneo, de que la Sagrada Eucaristía nos infunde una *energia* (δύναμις ἐνεργητική), que vivifica nuestros cuerpos después de la muerte y los resucita. *Adversus Nest.*, I. V, cps. III, XXII, MG., 86, I, 1728, 1744-1745.

(3) MG., 87, III, 3181,

ceptaculis resurgent... Quando ergo... mare et flumina et infernus, impendentium malorum formidine metuque concussa, quos detinebant mortuos emittent...» (1). Y siguen otras frases por el estilo.

A semejanza de S. Sofronio, *S. Máximo*, describiendo la consumación de los tiempos, nos dice con frase enérgica que el mundo entero se abrará, «el mar desaparecerá, la tierra hervirá y se conmoverá desde sus fundamentos y devolverá las infinitas miriadas de cuerpos humanos sin disminución», es decir, íntegros (2); o, según otro lugar parecido, el sonido de la trompeta «despertará de la muerte, como de un sueño, las infinitas miriadas de cuerpos humanos» (3). Pero hay un pasaje más significativo y que suple por muchos textos. De sus escolios al pseudo Areopagita en la parte correspondiente a un bello y conmovedor capítulo acerca de las exequias a los difuntos (4), toca brevemente S. Máximo el punto de la resurrección, y para esclarecer al lector sobre la mente de Orígenes y su refutación, remite a lo que escribieron contra él S. Metodio y Antípatro de Bostra. A S. Metodio lo conocemos ya como adversario decidido de las teorías de Orígenes, e igualmente defensor de la identidad de materia. Antípatro de Bostra compuso, hacia el 460, una refutación de la Apología de San Pánfilo, tenida como clásica en el s. V (5).

No hay para qué citar a los exégetas de este tiempo, que son más bien compiladores o simples autores de *Cadenas*. Sobresalen *Procopio de Gaza*, alrededor del año 528, y por los años 530, *Andrés de Cesarea*, autor de un comentario al Apocalipsis, el más antiguo que se conoce en griego. Los dos afirman expresamente la identidad de la materia (6). Si

(1) L. c., 3317, 3318, 3320.

(2) *Epist. XLIII ad Joan. Cubicularium*, MG., 91, 541. Esta carta es la misma que la XXIV *ad Constantin. Sacellarium*, con ligeras variantes, l. c., 612. La omisión en la XXIV del participio σειραύης (= sacudida), parece simplemente un descuido.

(3) *Epist. I ad Praefect. Africæ Georg.*, l. c., 389.

(4) Es el cp. VII *De Eccles. Hierarch.* MG., 3, 552 sq. Para el lugar de S. Máximo, véase t. 4, 176.

(5) Se conservan tan sólo fragmentos. Véase *Sacra Parallelæ*, de S. Juan Damasceno, MG., 96, 488-505. De ellos parece deducirse que Antípatro, más bien que al genuino Orígenes, conocía el *origenismo*, esto es, las desfiguraciones en mucha parte y exageraciones del pensamiento de Orígenes.

(6) De Procopio son abundantes, aunque breves, los pasajes. Véase, v. gr., *In Genes.*, MG., 87, I, 153, 165, 224-225, 288; *In III Reg.*, ibid.,

ahora fuéramos recorriendo las demás obras, notaríamos, excepto en dos o tres, una gran escasez en lo tocante a la resurrección. No faltarían con todo de cuando en cuando, como para recompensar nuestra paciente búsqueda, rasgos vivientes y a veces hasta poéticos, según es del gusto de los griegos. En las *Pandectas*, del monje *Antíoco*, compuestas por el año 620, encontraríamos una viva descripción de los últimos tiempos, y en ella pinceladas muy semejantes a las ya copiadas de S. Máximo. En el día de la *parusía* del Señor «los cielos se resolverán y la tierra hirviente arrojará a borbotones a los que duermen desde el principio de los tiempos» (1). *Gregorio* († 593), Patriarca de Antioquía, durante el destierro de S. Anastasio (570-593), nos diría que «los muertos descansan en los sepulcros, como en tiendas, aguardando la celeste trompeta que nos llame a todos de las tumbas...»; y a continuación, con frase preñada de significación y poesía, añadiría que, mirando la tumba de Nuestro Salvador, hemos de ir a los sepulcros como a *tálamos de vida* (2). Otro *Gregorio*, Obispo de Girgenti (c. 630), nos comentaría de semejante manera el v. 5 del cp. XII del *Eclesiastés*: «... ibit homo in domum aeternitatis suae», y oiríamos de él que esa casa es el sepulcro «en el cual (el difunto) se hospeda, o, por mejor decir, habita hasta la común y católica resurrección» (3). No menos expresivas son las comparaciones del mercader, navegante, y por fin monje, *Cosme Indicopleustes* († c. 548), en su curiosísima obra *Topografía cristiana*. En varias partes trata de refutar con cierta amplitud la que él llama sentencia de los griegos, es decir, la que niega la resurrección. Los libros V y VII contienen los fragmentos principales. En el epílogo al V, arguye así *a fortiori*: «Si (Dios) puede discernir los pensamientos de cada uno que desde el principio han existido, ¿cómo no ha de poder más discernir el cuerpo de cada hombre?... Que (Él) sacude toda la creación desde los cimientos, cielo y tierra, junto con los demás elementos, y cada uno de ellos le devuelve el cuerpo humano que retiene, discernido por su poder.» Y añade inmediatamente esta gráfica y popular comparación: «Como el que agita en una criba, encontrará ciertamen-

1164; *In Isai.*, ibid., II, 2197, 2224, etc.—De Andrés de C. basta un clarísimo pasaje. *In Apoc.*, XX, 13, MG., 106, 421.

(1) «... ἐν ᾧ οἱ οὐρανοὶ λυθήσονται καὶ ἡ γῆ ἀναβράσει τοὺς ἔξι αἰώνους καθεύδοντας...» En *Migne* se lee ἀναβράσει; pero sospechamos que, o es una incorrección del manuscrito utilizado, o una errata, rara en *Migne*.

(2) *Orat. in mulier. unguentif.*, MG., 88, 1848.

(3) MG., 98, 1160.

te lo buscado, así, agitada toda la creación, los buscados serán encontrados en el medio» (1); o como dice en el l. VII al proponer la misma comparación: «Como en la criba lo buscado se encuentra en el medio, así también, agitados y sacudidos los elementos, serán conducidos al medio los cuerpos de los hombres que se buscan» (2). De *Jorge Pisida*, contemporáneo de S. Sofronio, y uno de los mayores poetas de su tiempo, fluyen en vena copiosa, a través de su *Hexaémeron*, símbolos, comparaciones y argumentos en favor de la resurrección. El ave fénix, el gusano de seda, la leyenda de la golondrina, la semilla, el esperma, la renovación de los miembros llagados..., todo lo acumula el inagotable poeta en defensa y explicación del dogma católico (3). Copiaremos tan sólo uno de los últimos fragmentos: «... puesto que para convertir en carne (lo corrompido) bástale a Él su palabra, que escudriña la tierra y contempla las ondas y congrega los miembros de los dormidos. Y por más que algún pez destroza la carne cruda de un hombre, y al pez un campesino (pescador?), y a éste un oso, y a la fiera perros, y buitres a éstos, y a los buitres los sepulcros, y, en una palabra (el hombre) recorriera toda naturaleza, desparramado en extrañas corrientes, con todo, permanece definido, sellado por la mano del Creador. Pues, si uno, extendiendo los cinco dedos de su vilísima mano, cogiere cebada, espelta, mijo o trigo, o sencillamente una porción de legumbres mezcladas, sabe distinguir y separar con el debido orden una cosa de otra y reúne las naturalezas y facilísimamente junta género con género, ¿cómo, aun un corazón de piedra, no entenderá que la creación, estando en la mano del Creador, se apresurará en el día de nuestra resurrección y recogerá, como el otro los tributos, de aquí y de allí las cargas de los despojos, arterias y nervios, carnes y venas y conjunto de todo miembro oculto y conducirá las reliquias de cada uno (pues están contadas hasta en un cabello) y en el momento oportuno llevará toda la substancia anotada al Señor de la misma?...» (4).

Estamos ya tocando el fin del argumento patrístico, quizá el más importante de todos, y el que por lo menos debía ser desarrollado con mayor extensión. Sólo tres autores deseamos aún quisiéra mencionar. Dos de ellos tratan con relativa amplitud la identidad del cuerpo resucitado: el

(1) MG., 88, 316.

(2) L. c., col. 353.

(3) Véase vv. 1117-1122, 1293 sqq., MG. 92, 1520, 1532 sqq.

(4) L. c., vv. 1451 sqq., col. 1554 sqq..

retórico *Eneas de Gaza* († c. 534) y el Abad del monte Sinaí, apellidado por esto *Anastasio Sinaita* († c. 700), varón venerable y esforzado defensor de la fe. El diálogo sobre la inmortalidad del alma humana y la resurrección de la carne, compuesto por Eneas e intitulado «Teofrasto», fué muy estimado en la Edad Media. Reproducir algunas de sus ideas, sería oír lo de siempre: que, disuelto nuestro cuerpo en los elementos, éstos al mandato de Dios se reunirán, donde quiera que estén; que nada importa para el caso que el cadáver se disuelva o permanezca entero, y otras consideraciones por el estilo, entreveradas con las tradicionales comparaciones y ejemplos (1). Con la misma claridad o mayor habla Anastasio Sinaita, no sin haber comenzado sus explicaciones con una exhortación a recibir los hechos y palabras de la Sagrada Escritura con fe sencilla y exenta de vana curiosidad. «Pues si creemos, dice, que Él es omnipotente, que ha sacado al hombre de la nada absoluta al ser, con mayor facilidad podrá modelar de nuevo y renovar la obra formada por Él y disuelta por la muerte. Si creemos, como dijo David, que en la mano de Dios están los extremos de la tierra: a dondequiera que fuese el cuerpo y se descompusiese, aunque fuese devorado, en la mano de Dios están el agua y el fuego y las fieras, y de ellos extrae el cuerpo que arrebataron y comieron y absorbieron y sumergieron... En ellos (los cuatro elementos) yace como en depósito y es guardado hasta el día de la resurrección.» Y al final, después de varias comparaciones y ejemplos anticuados, concluye: «cree que, por solo el poder de Dios, también del polvo inanimado de la tierra y de la carne resultará viviente la resurrección» (2).

San Juan Damasceno († c. 750) debe cerrar el espléndido coro de los

(1) MG., 85, 976 sqq. Para formarse cabal concepto, es preciso leer cuanto escribe Eneas sobre la resurrección. Pues, si sólo se leyieran, desligadamente, algunas comparaciones, v. gr., la del grano, que sembrado y disuelto, torna a crecer y desarrollarse (col. 981, 984), no aparecería clara la mente del autor sobre la identidad de materia.

(2) *Quaest.*, 92, MG., 89, 725 sqq. Las *Quaestiones et responsiones* son, sin duda, en su conjunto de Anastasio Sinaita. Suelen decir que algunas son espúreas. Mejor se diría a nuestro entender que hay algunas interpolaciones o adiciones posteriores, por otra parte bastante fáciles de distinguir, como por ejemplo, la adición de alguna autoridad más reciente a las aducidas por el Sinaita. Así, en la q. 57, col. 624, al final de todas las autoridades se lee una de Nicéforo de Constantinopla, escritor bastante posterior. Sobre la mente de Anastasio, véase también q. 89, col. 717; *In Hexaem.*, l. VII, MG., 89, 939, etc.

Santos Padres, ya que se le considera como el último de ellos. El cap. 27 del lib. IV de su «Expositio accurata fidei orthodoxae» (1), si pudiera transcribirse íntegro, sería un breve y lapidario resumen de la sentencia tradicional, confirmada con numerosos textos de Escritura. Contentémonos con recordar de él la repetición de las frases tradicionales con las que señalando los despojos del cadáver, aquel cuerpo διαρρυέν, ἀναλυθὲν καὶ ἀποστραφὲν εἰς τὴν γῆν (2), profetiza S. Juan y por su boca toda la tradición que ese cadáver y esos despojos resucitarán.

Terminada la documentación patrística, y antes de dar la resultante final de las pruebas, lo que será objeto de nuestro último artículo, juzgamos conveniente añadir dos palabras: 1.^º Encabezamos el argumento (3), afirmando α) que la explicación de la identidad del cuerpo resucitado por la identidad de la materia en el sentido varias veces expuesto, era la explicación UNÁNIME de los Santos Padres; y β) que se trataba de la explicación de un dogma acérrima y utilísimo impugnado ya desde los comienzos de la Iglesia, y a cuya exposición y defensa se habían consagrado exprofeso y con particular empeño muchos Santos Padres y escritores eclesiásticos. 2.^º Después de exponer las ingeniosas explicaciones de Orígenes, observamos α) que, a pesar de la extraordinaria autoridad de éste durante su vida y en los tiempos inmediatos a su muerte, y a pesar de haber hecho vacilar en otros puntos importantísimos aun a hombres egregios, con todo, en el que ahora nos ocupa, jamás logró en rigor un adepto, jamás consiguió ni siquiera que sus admiradores, eliminado un pequeño número de afirmaciones secundarias, entresacasen un punto tan llamativo como el no ser necesaria la reunión de la misma materia, y que tan bien venía para una transparente y sencillísima Apologética del dogma de la resurrección (4); β) que por el contrario, o no le hacen caso aun sus más ardientes admiradores, y hablan de la resurrección como si ni una sola palabra hubiese escrito Orígenes, o es impugnado duramente y sin compasión (5).

Por consiguiente, nos encontramos frente a una explicación unánime de un dogma capital, y que, por decirlo así, en *juicio contradictorio* establecido con energía por un hombre superior, persevera unánime, y entre los

(1) MG., 94, 1220 sqq.

(2) L. c., 1220, 1225.

(3) ESTUDIOS ECLESIÁSTICOS, n. 1, pgs. 20, 21.

(4) L. c., pgs. 27, 28.

(5) L. c., pgs. 28-35.

aplausos de fieles y pastores con paso arrollador y triunfal atraviesa los ocho primeros siglos de la cristiandad. ¿Qué razones tan enormemente poderosas serán las que han movido a unos pocos, principalmente modernos, a separarse del camino que nos marcaron nuestros mayores? Lo veremos más adelante. Ahora tocaremos brevísimamente otros argumentos, que corroborarán aún la fuerza del ya expuesto.

II

Sagrada Escritura.—Sin vacilar, preferimos que hagan la exégesis del texto sagrado los Santos Padres. Siempre respetable su testimonio, llega a su máximo cuando el contenido del texto está relacionado con el dogma. Además, no añaden sustancialmente nada los intérpretes posteriores a lo que los Santos Padres propusieron ya en sus explicaciones. Suelen, pues, éstos alegar en su apoyo varios textos de la Sagrada Escritura, cuyo sentido es, o por lo menos les parece a ellos obvio en favor de la identidad de materia del cuerpo difunto y resucitado. El primero y principal está tomado del cap. XV de la carta I a los Corintios, vv. 36-53 (1). Establece allí S. Pablo una comparación entre la semilla y el cadáver del justo, comparación que, tomada en su sentido obvio y natural, supone que la materia del cuerpo resucitado se ha de tomar de la del cuerpo difunto. Además, al desarrollar el segundo miembro de la comparación, *del mismo sujeto* afirma S. Pablo que «se siembra en ignominia y se levanta en gloria». Ahora bien, lo que se siembra es el cadáver (2).

Otros muchos textos alegan los Santos Padres en su favor, por ejemplo, el célebre del cap. 37 de Ezequiel, el del cap. 20 del Apocal.; «Y el

(1) Alegan este texto para no citar más que algunos: S. Ireneo, *Contra haer.*, I. V, cp. VII, n. 2, MG., 7, 1140, 1141; Tertuliano, *De carnis resurrect.*, cp. 52, Corpus Script. Eccl., v. XLVII (Viena, 1906), pgs. 107-109; Afrataes, *hom. VIII*, Patrol. Svt. (ed. Graffin, París, 1894), t. X, col. 363, 366; *Adamantius*, I. V, cp. XXIV, Die griech. christ. Schrift. (Leipzig, 1901), pg. 226; S. Epifanio, *Panarium, haer.* 64, nn. LXVIII, LXIX, MG., 41, 1188, 1189, 1192; S. Gregorio Niseno, *De anim. et resurrect.*, MG., 46, 153, 156; S. Juan Crisóstomo, *In I Epist. ad Cor. hom.* XLI, MG., 61, 355, sqq. etc., etc.

(2) Amplifican esto o lo indican los mismos Padres que aducen el texto del Apóstol. Véanse los antes citados, en especial S. Ireneo, S. Epifanio y S. Juan Crisóstomo.

mar entregó los muertos que había en él»; el de S. Juan, cap. V, vv. 28-30, «Viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios y saldrán...», etc., etc.

III

Concilios.—No pretendemos urgir aquellas fórmulas conciliares en las que se define «que resucitaremos con estos mismos cuerpos que ahora traemos», porque no a todos parecerían convincentes. Pero sí queremos notar un texto del Tridentino, que apenas se ve cómo pueda interpretarse obvia y razonablemente sino dentro de la explicación tradicional. Son éstas las gravísimas palabras del Concilio: «Sanctorum quoque martyrum et aliorum cum Christo viventium sancta corpora, quae viva *membra* fuerunt *Christi* et *templum Spiritus Sancti*..., ab ipso ad aeternam vitam suscitanda et glorificanda; a fidelibus veneranda esse...» (1). He ahí, repetimos una y otra vez, qué el Concilio no habla de cuerpos vivos, informados todavía por el alma racional, sino de cuerpos *muertos*, de cuerpos que *fueron* vivos miembros de Cristo y templo del Espíritu Santo; y de esos cuerpos difuntos, despojos «de los santos mártires y de otros que viven con Cristo» proclama el Concilio que serán resucitados para la vida eterna y glorificados. Si no es preciso que se reúna la misma materia, antes ello, como dirían en las escuelas «de materiali prorsus venit», ¿entonces, de esos despojos que señala el Concilio, qué es lo que será resucitado y glorificado? Podrá ser que nada; podrá ser que, para resucitar y glorificar aquellos cuerpos, sea tomada una porción de materia totalmente otra, que jamás fué informada por el alma de aquellos mártires y santos. Y, si así es, ¡vaya una manera de hablar obvia y natural, empleada por el Concilio! Los señores Párracos han de predicar esta doctrina del Tridentino. Pues, bien; usen de las mismas palabras del Concilio; y ¿qué entenderá todo fiel? Si alguno repusiese que esas palabras del Tridentino sólo prueban que los cuerpos, que sean venerados por los fieles, esos sí resucitarán con aquella misma materia; pero los demás no hay para qué: introduciría una distinción arbitraria, sin ningún fundamento tradicional, excogitada tan sólo para eludir dialécticamente la fuerza de un texto conciliar; y, ni aun éso conseguiría, porque el que los cuerpos hayan de ser resucitados y glorificados, se propone más bien como antecedente, y por lo menos no como consecuente a la venera-

(1) Denz-Bannwart, n. 985.

ción. En fin, sea lo que fuere, tendría siempre en contra de sí toda la Tradición.

IV

Liturgia.—El argumento tomado de la sagrada Liturgia es tentador. Una serie numerosa de textos se ofrece, riquísimo collar de perlas que adorna a N. S. Madre la Iglesia y convida el ánimo a irlas desgranando ante los ojos de nuestros lectores. Todos esos textos, naturalmente, espontáneamente ingieren, en la generalidad de quienes los leen, la idea de una resurrección de la misma materia dejada por el alma en la muerte. ¿Qué otra idea si no, brotará, sobre todo en el pueblo, cuando lea u oiga aquella antiquísima oración: «Debitum humani corporis sepeliendi officium fidelium more complentes, Deum, cui omina vivunt, fideliter deprecemur, ut *hoc corpus a nobis in infirmitate sepultum, in virtute et ordine sanctorum resuscitet...*» (1). No es posible, sin embargo, desarrollar detenidamente el argumento litúrgico. Seríamos molestos. Pero el lector nos permitirá y aun creemos nos agradecerá que entresaquemos dos o tres ejemplos de nuestra antigua liturgia, llegada ya a su perfección y completo desarrollo durante los siglos VI y VII (2), maravillosamente rica y espléndida, cuyos acentos, con frecuencia hondos y conmovedores, sonarán siempre gratos en todo oído y corazón español. Escojamos un oficio y una misa; transcribiremos los pasajes con la misma ortografía incorrecta del original.

El oficio n. XLIII, edic. de Dom Férotin (3), comienza con estas poéticas frases: «Requiem eternam det tibi Dominus: lux perpetua luceat tibi, et repleat splendoribus animam tuam, et ossa tua reuirescant de loco suo...». Sigue esta oración: «Christe rex, Vnigenite Patris altissimi, qui es lux angelorum et requies omnium in te creditum animarum, lacrimabili- ter quesumus, ut nostras nunc pius orationes exaudias... Sicque animam eius nunc splendoribus reple in regione uiuentium ut tempore iudicii, sumto corpore quod hoc detinetur in tumulo, a te se gratuletur suscipi ce-

(1) Véase, v. gr., *The Gelasian Sacramentary*, by H. A. Wilson (Oxford, 1894), pg. 298, n. 751.

(2) *Monum. Eccl. liturg.*, v. V. «Le Liber Ordinum» en usage dans l'Egl. wisigoth. et mozar. d'Espagne ss. V-XI, par D. Férotin, Paris, 1904., Introd. pg. XII.

(3) L. c., col. 148-149.

Iestis in regno. Ossa quoque eius, que modo casu corruptibilitatis hoc in sepulcro iacent recondita, supremo examinis die reuirescentia resurgent in gloria inmortabilitatis induita: atque ab exitio mortis secunde eruptus, gaudium uite perpetua potiatur securus, ut electorum numero insertus, angelorum cateruis unitus rura pararisi uernantia mereatur ingredi letus...»

Más claro es aún el siguiente pasaje, tomado de la «Missa generalis defunctorum» (1). Dice así el «Post Sanctus»: «Vere sanctus, uere benedictus es, Domine Deus noster, auctor uite et conditor...; qui necessitatem animarum recendentium a corporibus non interitum uoluisti esse, sed somnium, et (ut?) dissolutio dormiendi roboret fiduciam resurgendi: dum in te credentium uiuendi usus non amittitur, sed transfertur, et fidelium tuorum mutatur uita, non tollitur. Cuius institutionem nulla diuersitas mortis, nullum indicium indicte mortalitatis inludit, et ita opera tuorum digitorum perire non pateris: ut quicquid hominum per mortis uarietatem tempus labeficerit, aura dissoluerit, ignis consumserit, uis rapuerit, fera discerperit, terra obsorbuerit, puluis inuoluerit, gurgis inmerserit, piscis exesserit, uel quicquid in uetustissimum mare fuerit redactum, te iubente, terra rediuuum restituat, induatque incorruptionem, deposita corruptione...»

Tales son las ideas que desde el s. V al XI resonaban en los actos litúrgicos de las antiguas Iglesias españolas y en alas del canto y de la música sagrada penetraban el alma de nuestros mayores. Semejantes hallaríamos en otras liturgias. Y el mismo Ritual Romano, aunque en tonos más sobrios, ¿no viene a insinuarnos lo mismo en las oraciones que dedica a la consagración y reconciliación de los cementerios? «Omnipotens Deus, dicen hoy los sacerdotes,... respice propitiis ad nostrae servitutis officium, et ad introitum nostrum... sanctificetur hoc Coemeterium; ut humana corpora, hic post vitae cursum quiescentia, in magno judicii die simul cum felicibus animabus mereantur adipisci vitae perennis gaudia...» Y en la siguiente oración repite lo mismo: «Deus... qui remissionem omnium peccatorum per tuam magnam misericordiam in te confidentibus praestitisti, corporibus quoque eorum in hoc Coemeterio quiescentibus et tubam primi Archangeli exspectantibus, consolationem perpetuam largiter imperte...» (2).

(1) L. c., col. 421-422.

(2) Título VIII, cp. 29.

V

Común sentir de los fieles.—Después de cuanto llevamos; expuesto está por demás probar que las ideas y concepciones de la generalidad del pueblo cristiano no se apartaban un punto del supuesto de la identidad de materia del cuerpo mortal y resucitado. ¿Podía ser otra cosa? Artes figurativas, inscripciones funerarias, todo nos indica lo mismo. El lugar donde reposan los despojos de los fieles se llama *cementerio* (dormitorium, κοιμητήριον, palabra a la que a veces se junta la frase οὐαὶ ἀναστάσεως), esto es, sitio donde duermen los restos mortales hasta que al sonido de la trompeta despierten, revestidos de gloria e inmortalidad. La muerte no es sino un sueño (dormitio, κοιμήσις); morir es dormir o descansar (dormire, quiescere κοιμᾶσθαι, εῖδεσιν). El alma vuelve a los despojos del sepulcro y allí los vivifica (1). Indirectamente prueba las mismas ideas el hecho, indicado al principio, de que los gentiles pretendían confundir la fe de los cristianos quemando los restos y esparciendo las cenizas de los mártires; mientras que la respuesta constante de éstos era que nada perecía ni se substraía a la sabiduría y omnipotencia de Dios. Más aún, los mismos temores, que varios cristianos, por lo general ignorantes o poco cultos, parecían abrigar de que se destruyese su cadáver y dispersasen los restos, como si esto fuera un impedimento para la resurrección (2), son en realidad una excelente confirmación de que según ellos, las mismas cenizas y despojos del cuerpo difunto debían resucitar. Por fin, el culto de las reliquias, y en general el respeto a los despojos del fiel difunto, son indicio también de las ideas de los antiguos fieles. Porque una de las razones de dicho culto y religioso respeto era *de hecho* el haberse de reunir con el alma aquella misma materia, aquellos «cineres quiescen-

(1) Véase, v. gr., *Monum. Eccl. liturg.*, v. I, «Relliquiae liturg. vetustiss.», por Cabrol-Leclercq, sect. I, París 1900-1902; Garrucci S. J., *Storia dell' arte crist. nei primi otto sec.*, Prato, 1872-1881; S. Bour. *Épigr., chrét.*, en el «Diction. de théol. cathol.», Vacant-Mangenot, col. 340 342. Puede verse también el Compendio del P. Sixto Scaglia, O. C. R., *I «Novissimi» nei monum. primit. della Chies.*, Colec. «Fede e Scienza», nn. 72, 73, IV, pg. 66. sqq., Roma, 1910.

(2) E. Le Blant, *Les persécuteurs et les martyrs aux premiers siècles de notre ère*, chap. XXIII, París, 1893.

tes», según bella cuanto expresiva frase de S. Jerónimo (1). Así lo canta con estro magnífico, cual suele, nuestro Prudencio en su himno «Circa exequias defuncti» (2), himno vibrante de fe y esperanza, triunfal *aleluya* ante la guadaña de la muerte, rotá y desmenuzada por Cristo. Para descanso de nuestros lectores, séanos permitido terminar, como en el anterior artículo, copiando algunas estrofas:

«... Venient cito saecula cum jam
Socius calor ossa revisat,
Animataque sanguine vivo
Habitacula pristina gestet.

Quae pigra cadavera pridem
Tumulis putrefacta jacebant,
Volucres rapientur in auras,
Animas comitata priores.

HINC maxima cura sepulchris
Impenditur; HINC resolutos
Honor ultimus accipit artus,
Et funeris ambitus ornat.

.....

Quidnam sibi saxa cavata
Quid pulchra volunt monumenta
Nisi quod res creditur illis
Non mortua, sed data somno?

Hoc provida Christicolarum
Pietas studet, utpote credens
Fore protinus omnia viva
Quae nunc gelidus sopor urget.

.....

Jam moesta quiesce querela,
Lacrimas suspendite, matres,
Nullus sua pignora plangat:
Mors haec reparatio vitae est.

Sic semina sicca virescunt
Jam mortua, jamque sepulta:
Quae redditia cespite ab imo
Veteres meditantur aristas.

Nunc suscipe, terra, fovendum...
Animae fuit haec domus olim...
Tu depositum tege corpus;
Non immemor ille requiret
Sua munera factor et auctor...»

(Continuará.)

F. SEGARRA.

(1) *Epist. LXVI, Ad Pammach., de dormit. Paulinae*, Corpus Script. Eccl. v. LIV, (Viena, 1910), pg. 653.

(2) *Cathemerinon*, X, ML., 59, 875 sqq.